

con los otros reos. No he visitado el interior de la fortaleza, pero me inclino á creer que está muy mal, muy oprimido y en condiciones insalubres. Si rehusa cuanto podía hacer su existencia material menos dura y no tan miserable, no es, de modo ninguno, por prejuicio y en virtud de idea alguna preconcebida, sino sencillamente por apatía, por indiferencia.”

Sonia confesaba que, al principio, sus visitas, lejos de procurar placer á Rascolnikof, causábanle una especie de contrariedad; no salía de su mutismo sino para decir insolencias á la joven. Más tarde, aquellas visitas se hicieron para él una costumbre, casi una necesidad; en cierta ocasión estuvo muy triste, porque una ligera enfermedad obligó á Sonia á suspender las entrevistas por algunos días.

Los de fiesta se veían, bien á la puerta de la prisión ó bien en el cuerpo de guardia, á donde acudía por algunos momentos el preso, cuando ella le hacía llamar. Los días ordinarios le veía en el trabajo: en los talleres, en los hornos de ladrillo, en las chozas establecidas á orillas del Irtych.

En lo que la concernía, Sonia decía que había sabido crearse relaciones en su nueva residencia, que era costurera, y que, como la ciudad sólo poseía una modista, se había creado una buena parroquia. Lo que no decía era que había recabado para Rascolnikof las atenciones de la autoridad, y que, gracias á ella, se le dispensaba de los trabajos más penosos.

Por último, Razumikin y Dunia recibieron aviso de que Rascolnikof se alejaba de todo el mundo, de que sus compañeros de cautiverio no le tenían cariño, de

que guardaba silencio por espacio de días enteros, de que palidecía.....

Ya Dunia había notado cierta intranquilidad en las cartas de Sonia.

Un día, ésta escribió que el condenado había caído gravemente enfermo y estaba en la enfermería de la prisión.

II

Sentíase mal hacía ya mucho tiempo; pero lo que debilitó sus fuerzas no fué ni el cautiverio con todos sus horrores, ni el trabajo, ni la mala alimentación, ni la vergüenza de verse con la cabeza rapada y de ir vestido de harapos. ¿Qué le importaban aquellas tribulaciones y miserias? Lejos de ello, le era grata su obligación de trabajar; la fatiga física le procuraba algunas horas de sueño tranquilo. ¿Y qué significaba para él la mala comida? En otro tiempo, cuando estudiaba, ¿cuántas veces se hubiera considerado feliz con aquella alimentación! En cuanto á la ropa, era apropiada al trabajo y á la vida que llevaba; y respecto á los grillos, ni aun sentía su peso. Quedaba la humillación de ir trasquilado al rape y de llevar el uniforme del presidiario.

Pero, ¿ante quién se iba á avergonzar? ¿Ante Sonia? Ella le respetaba. ¿Cómo iba á ruborizarse ante ella?

Sin embargo, hasta ante Sonia sentía vergüenza; por eso se mostraba desviado y grosero en sus relacio-

nes con la joven. Pero aquel sonrojo no provenía ni de su cabeza rapada ni de sus grillos, sino de su orgullo, herido cruelmente. Rascolnikof estaba enfermo de aquella herida. ¡Oh, cuán feliz hubiera sido pudiendo acusarse á sí propio! Todo lo habría entonces soportado, ¡hasta la vergüenza y la deshonra! Pero, aun cuando examinaba severamente, su conciencia endurecida no hallaba en su pasado ninguna falta espantosa; sólo se reprochaba el haber “fracasado,” cosa que podía ocurrirle á todo el mundo. Lo que le humillaba era verse perdido neciamente, y sin remedio, por una sentencia del ciego destino, y obligado á someterse, á resignarse á lo “absurdo” de aquella sentencia, si quería encontrar alguna tranquilidad.

Una inquietud sin motivo y sin objeto al presente, un sacrificio continuo y estéril para el porvenir. He aquí lo que le quedaba sobre la tierra. Vano consuelo para él era pensar que después de ocho años tendría treinta y dos, y que á tal edad aún podía volver á comenzar su vida. ¿Para qué vivir? ¡El, que en todo tiempo hubiera dado la vida por una idea, por una esperanza, hasta por un capricho! Siempre había hecho poco caso de la existencia pura y sencilla; siempre quiso más. Acaso la fuerza de sus deseos le hubiese hecho creer, en otros tiempos, que era de aquellos hombres á quienes les está permitido más que á los otros.

Entonces, si el cielo le hubiera movido al arrepentimiento, al arrepentimiento que seca el corazón, que espanta el sueño; al arrepentimiento cuyas torturas inducen al hombre á matarse para huir de él, ¡ah! entonces lo hubiese acogido con alegría. Sufrir y llorar es vivir. Pero él no se arrepentía de su crimen.

¡Si al menos hubiera podido recriminarse su necesidad, como se había en otro tiempo reprochado las acciones torpes y odiosas que le llevaran al presidio! Pero ahora, que en el “ocio” del cautiverio reflexionaba nuevamente sobre toda su pasada conducta, no la encontraba tan odiosa ni tan torpe como le pareciera en aquellos tiempos.

—¿Por qué—pensaba—mi idea era más necia que las otras ideas y teorías que en el mundo combaten desde que el mundo existe? Basta mirar la cuestión desde un punto de vista amplio, independiente, exento de los prejuicios del día, para que mi idea no parezca tan extraña. ¡Oh espíritus mal llamados libres, filósofos de á real y medio, ¿por qué os detenéis á la mitad del camino?

—¿Y por qué mi conducta os parece tan fea?—se decía.—¿Por qué es un crimen? ¿Qué significa la palabra crimen? Mi conciencia se halla tranquila. Sin duda que cometí un acto ilícito, que infringí la ley, que vertí sangre Pues bien, ¡tomad mi cabeza, y todo habrá concluído! Cierto que, en tal caso, muchos de los bienhechores de la humanidad, de aquellos que no ocupan el poder gracias á una herencia, sino que se apoderan de él á viva fuerza, debieran ir al cadalso. Pero tales gentes llegaron al fin, que es lo que les justifica, mientras que yo no supe alcanzarlo, razón por la cual no tuve derecho á principiar.

No se me acusaba más que de una culpa: la de haber sido débil, la de haber ido á delatarme.

Otro pensamiento le mortificaba.

¿Por qué no se había suicidado? ¿Por qué, antes que esto, había preferido denunciarse? ¿Era tan difí-

cil de vencer el sentimiento de amor á la vida? ¡Sin embargo, Svídrigaylof había triunfado!

Se hacía dolorosamente la pregunta, y no podía comprender que cuando, frente al Neva, pensaba en el suicidio, quizá descubriera, presintiera en sí y en sus convicciones un error profundo. No comprendía que aquel presentimiento podía contener en germen una nueva concepción de la vida, que podía ser el preludio de una revolución en su existencia, la señal de su resurrección.

Admitía más bien que había entonces cedido, por vileza y falta de carácter, á la fuerza brutal del instinto.

El espectáculo que ofrecían sus compañeros de prisión, le admiraba; ¡cómo amaban la vida! ¡cómo la apreciaban! Hasta le pareció que aquel sentimiento era más vivo en el prisionero que en el hombre libre. ¡Qué atroces sufrimientos no soportaban algunos de aquellos desgraciados, los vagabundos, por ejemplo! ¿Era posible que un rayo de sol, un bosque sombrío, una fuente fresca, tuviesen para ellos tal valor? Cuanto más les observaba, más inexplicables hechos descubría.

En la prisión, en el medio que le rodeaba, muchas cosas pasaban inadvertidas para él; por otra parte, no quería fijar en nada su atención. Vivía, por decirlo así, con la vista baja, encontrando insoportable el mirar en derredor. Pero no dejaron de sorprenderle muchas circunstancias, y á pesar suyo, en algún modo, comenzó á notar lo que antes no había sospechado. En general, lo que más le admiraba era el horrible abismo que existía entre él y aquellas gentes. Hublérase di-

cho que pertenecían, ellos y él, á naciones distintas. Se miraban con desconfianza y hostilidad. El sabía y comprendía las causas de aquel fenómeno; pero, hasta entonces, nunca las había supuesto tan vivas, tan profundas. Independientes de los reos por delitos comunes, en la fortaleza había polacos enviados á Siberia por causas políticas. Estos consideraban á los otros como brutos, y para ellos sólo tenían desdén; pero Rascolnikof no podía participar de este modo de ver: notaba muy bien que, bajo muchos aspectos, aquellos brutos eran más inteligentes que los mismos polacos. Había también algunos rusos, un antiguo oficial y dos seminaristas, que despreciaban á sus compañeros. Rascolnikof notaba igualmente su error.

En cuanto á él, no se le quería, le huían todos. Hasta acabaron por odiarle. ¿Por qué? Lo ignoraba. Malhechores mil veces más culpables que él, le despreciaban, se le burlaban; su crimen era objeto de sarcasmos.

—Túeres un señorito—le decían.—¿Cómo pudiste asesinar á hachazos? Esas no son cosas de gente fina.

En la segunda semana de cuaresma hubo de asistir, con sus compañeros, á los ejercicios religiosos. Fué á la iglesia y rezó como los demás.

Un día, sin que él mismo supiera por qué, poco faltó para que sus compañeros le diesen que sentir. Se vió bruscamente asaltado.

—¡Eres un ateo! ¡No crees en Dios!—gritaban aquellos forajidos.—¡Hay que matarte!

Nunca les había hablado ni de Dios ni de religión, y sin embargo, querían matarle por ateo.

No respondió. Uno de los presos, en el colmo de la desesperación, arrojóse sobre él.

Rascolnikof, tranquilo y silencioso, le esperaba sin moverse, sin que ninguna línea de su rostro se alterara.

Alguien se interpuso súbitamente entre él y el agresor.

Un momento más, y la sangre hubiera corrido.

Aún había una cuestión para él inexplicable. ¿Por qué todos querían tanto á Sonia?

Ella no trataba de conquistar el aprecio de nadie; no podían verla con frecuencia, sino sólo en la cantina ó en el taller, cuando iba á verle un minuto. Y sin embargo, todos la conocían, no ignoraban que ella le había seguido, y sabían cómo vivía y dónde. Sólo una vez, por Navidad, llevó un regalo para todos los de la prisión: pastelés y bollos. Pero, poco á poco, entre los presos y Sonia se establecieron ciertas relaciones más íntimas: les escribía cartas para sus familias, y ella era la encargada de llevarlas al correo. Cuando sus parientes iban á la ciudad, en manos de Sonia ponían sus encargos para los presidiarios, cuyas mujeres y las queridas la conocían y visitaban. Cuando iba á ver á Rascolnikof, en el momento en que éste se disponía á trabajar con los prisioneros, ó cuando encontraba un grupo de éstos que se encaminaban hacia el lugar del trabajo, todos se descubrían, todos se inclinaban.

—Matuchka, Sofía Semenovna, eres nuestra querida y tierna madre—decían aquellos hombres brutales á la pequeña y enfermiza criatura.

Ellas les saludaba sonriendo, y se volvían para seguirla con la vista cuando se marchaba.

No sabían ellos cómo elogiarla. Hasta la consultaban cuando estaban enfermos.

Rascolnikof pasó en la enfermería todo el resto de la cuaresma y la semana de Pascua. Cuando recobró la salud, recordó todos los sueños que tuviera durante sus horas de delirio. Le pareció ver el mundo entero desolado por una calamidad terrible é inaudita que, viniendo de los extremos del Asia, había caído sobre Europa. Todos debían perecer, excepto un pequeño mero de privilegiados. Triquinas de una especie desconocida, seres microscópicos que se introducían en el cuerpo de las personas. Pero aquellos seres eran espirituales, dotados de inteligencia y voluntad. Los individuos en quienes se alojaban, se volvían al momento locos furiosos. Sin embargo, cosa extraña, nunca los hombres se habían creído tan sabios, tan en posesión de la verdad, como se creían aquellos infortunados. Nunca habían tenido tanta confianza en la infalibilidad de sus juicios, en la solidez de sus conclusiones científicas y de sus conocimientos morales. Pueblos, ciudades, naciones enteras perdían la razón. Todos se hallaban agitadísimos é incapaces de comprenderse los unos á los otros. Cada cual creía ser el dueño exclusivo de la verdad, y, contemplando á sus semejantes, se desolaba, se golpeaba el pecho, lloraba y se retorció las manos. No se podían entender ni respecto al bien ni respecto al mal; no se sabía á quién condenar, á quién absolver. Se mataban unos á otros, á impulsos de una cólera absurda. Se reunían hasta formar grandes ejércitos; pero una vez comenzada la campaña, el desacuerdo relajaba á las tropas, rompíanse las filas, los guerreros se arrojaban unos sobre otros, se dego-

llaban y se devoraban. En las ciudades no se cesaba de tocar á somatén; pero, ¿por quién todo esto, y á qué fin? Nadie lo sabía, y todos estaban inquietos. Se abandonaban los oficios ordinarios, porque cada cual proponía sus ideas, sus reformas, y no lograban ponerse de acuerdo. Acá y allá, las gentes se reunían en grupos, convenían en una acción común, juraban no separarse; pero un instante después, olvidaban la resolución que habían tomado, comenzaban á acusarse unos á otros, á golpearse, á matarse. Los incendios y el hambre completaban tan triste cuadro. Hombres y cosas, todo perecía. La plaga se extendía más cada vez. En el mundo entero, tan sólo se salvaban algunos hombres inocentes, destinados á restaurar el género humano, á renovar la vida y á purificar la tierra. Pero nadie veía á tales hombres en ninguna parte, nadie oía sus palabras ni sus voces.

Aquellos sueños absurdos dejaron en el alma de Rascolnikof una impresión penosa que tardó mucho en borrarse.

Llegó la segunda semana de Pascua. En el transcurso de su enfermedad, Sonia no había podido hacerle más que dos visitas: necesitaba para ello obtener una autorización, y esto era difícil de alcanzar. Pero con frecuencia, sobre todo á la caída de la tarde, iba al patio de la enfermería y durante un minuto miraba hacia las ventanas.

Un día, próxima la noche, el prisionero, ya convaleciente, se había dormido, cuando despertó, se acercó á la reja y reparó en Sonia, que, de pie ante la puerta de la enfermería, parecía esperar algo. Sonia no

fué al otro día ni al siguiente, y él lo sintió, pues la aguardaba con ansiedad.

Cuando volvió á la prisión, sus compañeros le dijeron que Sonia Semenovna estaba enferma.

Desde entonces estuvo inquietísimo. Envió á preguntar por la joven, y pronto supo que su enfermedad no era peligrosa. Sonia, viendo que su estado le preocupaba, le escribió una carta en la que le decía que estaba mucho mejor y que no tardaría en volver á verle. Leyendo aquella carta, el corazón de Rascolnikof latió con violencia.

El día era sereno y caluroso. A las seis de la mañana fué á trabajar á la orilla del río. Sólo halló á tres operarios. Uno de ellos, acompañado por el celador, fué á buscar una herramienta á la fortaleza, otro se puso á calentar el horno.

Rascolnikof salió del cobertizo, sentóse sobre un banco de madera y se puso á contemplar el río.

Desde donde se hallaba se descubría gran parte del país. A lo lejos, del otro lado del Irtych, repercutían canciones cuyo vago eco llegaba á los oídos del preso. Allí, en la inmensa estepa inundada de sol, aparecían, como pequeños puntos negros, cabañas de nómadas. Allí estaba la libertad, allí vivían otros hombres que en nada se parecían á sus compañeros ni á él, allí dijérase que no había pasado tiempo desde la época de Abraham y de sus rebaños.

Rascolnikof soñaba, fija la vista en aquella lejana visión; no pensaba en nada, pero le angustiaba una especie de temor.

De repente se halló en presencia de Sonia. Esta,

acercándose poco á poco, había ido á sentarse junto á él.

Todavía se gozaba algo de la frescura de la mañana. Sonia iba modestamente vestida, y en su rostro pálido y macilento se leía su pasada enfermedad. Abordando al preso, sonrióle con aire amable y satisfecho; pero, como de costumbre, le ofreció la mano con timidez.

Siempre se la tendía con temor; en ocasiones, ni aun se atrevía á ofrecérsela, temiendo que él la rechazara. El parecía aceptarla siempre con repugnancia; siempre tenía cara de enfadado cuando llegaba la joven, y ésta no podía, en muchas ocasiones, arrancarle ni una sola palabra. Hubo días en que tembló ante él y tuvo que retirarse afligida. Pero ahora, sus manos se fundieron en un estrecho apretón. Rascolnikof miró rápidamente á Sonia, y sin proferir palabra, bajó la vista.

De repente, y sin que el preso supiese cómo aquello sucedía, una fuerza invisible le arrojó á los pies de la joven, y llorando abrazó sus rodillas. En el primer momento, la joven quedó sorprendida, y su rostro se tornó lívido.

Levantóse rápidamente, y, toda temblorosa, miró á Rascolnikof. Pero le bastó aquella mirada para comprenderlo todo. Una inmensa dicha se leyó en sus ojos radiantes; no le cabía duda de que aquel hombre la amaba, de que la amaba con amor infinito. Por fin, vivía sino la vida de Rascolnikof.

Quisieron hablar, pero no pudieron. Los dos estaban pálidos y rendidos; pero en sus rostros enfermizos brillaba ya la aurora de una nueva vida, de un completo

renacimiento. El amor los regeneraba, el corazón del uno encerraba un inagotable manantial de vida para el corazón del otro.

Resolvieron esperar, tener paciencia. Todavía les faltaban siete años para poder salir de Siberia. ¡Sufrimientos intolerables y dichas infinitas debían llenar aquel tiempo! Rascolnikof había resucitado, él lo sabía, lo sentía en todo su ser. Y Sonia..... Sonia no había llegado aquel instante.....

Por la noche, al acostarse, el joven pensó en ella. Hasta le pareció que aquel día sus compañeros, sus antiguos enemigos, le habían mirado de otro modo. El les habló primeramente, y ellos le respondieron con afabilidad. Por otra parte, así debía ser. ¿Acaso no iba á cambiar todo?

Pensaba en ella. Pensaba en las penas que sin cesar le había causado, y en su mente volvía á ver aquella carita demacrada. Pero estos recuerdos apenas si le producían el más pequeño remordimiento: sabía con qué amor sin límites borraría lo que á Sonia hiciera sufrir.

¿Y qué eran aquellos misterios del pasado? En la primera alegría de su resurrección, todo, hasta su crimen, hasta su condena, se le aparecía como un hecho exterior, extraño; parecía casi dudar de que aquello hubiese ocurrido. Por otra parte, aquella noche sentíase incapaz de reflexionar extensamente, de concentrar su pensamiento en un objeto cualquiera, de resolver una cuestión con conocimiento de causa; no experimentaba otra cosa que sensaciones. La vida había reemplazado en él al razonamiento.

Bajo su almohada había unos Evangelios; los abrió

maquinalmente. El libro era de Sonia; era el volumen en que leyera en otro tiempo la resurrección de Lázaro.

Al principio de su cautiverio, esperaba una persecución religiosa de la joven; creía que sin cesar le arrojaría á la cabeza el Evangelio. Mas, con gran admiración suya, Sonia no le habló ni una sola palabra en tal sentido, ni le ofreció nunca el libro santo. El fué quien se lo pidió, poco antes de caer enfermo, y ella se lo llevó sin decir nada. Hasta entonces no lo había leído.

Tampoco ahora lo leía; un pensamiento cruzó rápidamente por su cerebro.

—¿Pueden no ser más sus convicciones? ¿Puedo yo tener otros sentimientos, otras tendencias que ella?

Durante todo aquel día, Sonia estuvo también muy agitada, y por la noche experimentó una recaída en su enfermedad. Pero era tan feliz y aquella dicha ofrecía una sorpresa tan grande para ella, que hasta casi la asustaba. ¡Siete años, "sólo" siete años! En la felicidad de las primeras horas, poco faltó para que uno y otro considerasen aquellos siete años como siete días. Rascolnikof ignoraba que la nueva vida no le sería dada gratis, sino que tendría que adquirirla á costa de penosos y prolongados esfuerzos.

Pero comienza aquí otra historia, la historia de la lenta renovación de un hombre, de su regeneración progresiva, de su paso gradual de un mundo á otro. Pero esto podría ser materia de otro relato. El que quisimos ofrecer al lector, ha terminado.

PC
.S
C7
v.
19